

Presencia andaluza en las relaciones históricas hispano-británicas

ENRIQUE DE LA PEÑA FERNÁNDEZ-DIESTRO
Universidad de Cantabria

Andalucía se encuentra presente de forma permanente en las relaciones históricas hispano-británicas a lo largo de los últimos cinco siglos.

El Instituto de Estudios Gaditanos, dependiente de la Excelentísima Diputación Provincial de Cádiz, así como la Caja de Ahorros de aquella ciudad, han contribuido durante la última década a dar a conocer una parte del valiosísimo material existente en numerosas bibliotecas andaluzas y que quizá no ha sido aún utilizado suficientemente, o al menos en la medida que el interés de dicho material merece, por los investigadores que se ocupan del estudio de nuestras relaciones con el Reino Unido y sus súbditos a lo largo de la historia.

Recoge don Jesús de las Cuevas, en su obra *Cádiz y los viajes románticos*, editado en el año 1974 por la Caja de Ahorros de Cádiz, la anécdota no demasiado conocida de lord Byron, según la cual, colándose por las buenas en el domicilio de la familia Retortillo en la calle Isabel la Católica, número 12, de la ciudad gaditana —calle en la que, por cierto, nacieron Carlos Fernández Shaw y José María Pemán— se dirigió a la dueña de la casa y, cruzando los brazos le dijo: «Señora, soy Lord Byron». Parece ser que la señora de Retortillo lo puso de patitas en la calle porque en su casa «no entraba nadie sin ser presentado».

No ha de producirnos demasiada extrañeza esta reacción si tenemos en cuenta que se atribuye a Su Majestad la Reina Isabel II de España el haber dicho en 1862 que «en Cádiz, las señoras parecen reinas, y las criadas señoras».

Por su parte, Lord Byron, que hace justicia a la belleza de la mujer gaditana —«Dulce Cádiz lleno de las mujeres más bellas de España, cuya sola presencia agita el corazón»— sintió el embrujo de Andalucía y nos dice en su *Don Juan*, en el Canto I-8, al hablarnos del protagonista de su obra:

*In Seville was he born, a pleasant city,
Famous for oranges and women. He
Who has not seen it will be much to pity;
So says the proverb, and I quite agree.
Of all the Spanish towns is none more pretty;
Cadiz perhaps, but that you soon may see.
Don Juan's parents lived beside the river
A noble stream, and called the Guadalquivir.*

De especial interés resultán las cartas familiares escritas a su padre por Disraeli desde Andalucía en 1830. No olvidemos que era descendiente de judíos expulsados de España.

Don Jesús de las Cuevas nos recuerda también en su obra antes mencionada la impresión que Cádiz le produjo poco después de haber desembarcado en Gibraltar. La ciudad le pareció «brillante, más allá de toda expresión. La bella Florencia es cosa sucia y triste comparada con Cádiz. Las blancas casas y las verdes celosías deslumbran al sol».

Andalucía que, entre otros personajes célebres, hechizó también a Washington Irving, Teófilo Gautier, Próspero Mérimé y Alejandro Dumas —recordemos que este último vino a España a las bodas de Isabel II con Francisco de Asís y permaneció entre nosotros en ese viaje durante cincuenta días— posee en sus bibliotecas tesoros de valor inapreciable para los investigadores interesados en temas filológicos. Uno de estos investigadores, el doctor don Antonio Orozco Acuaviva, obtuvo en 1977 el permiso de don Antonio Osborne y Vázquez para utilizar su archivo familiar y publicar los escritos de su ilustre descendiente doña Francisca Javiera Ruiz de Larrea y Aherán, señora de Böhl de Faber, la romántica gaditana, madre de Fernán Caballero; conocida co-

mo Frasquita Larrea y considerada por el doctor don Antonio Orozco Acuaviva como la primera romántica española en una monografía publicada en el mencionado año con un prólogo de don José María Pemán.

Esta dama, viajera infatigable que vivió en Chiclana, en el año 1810, las angustias de la ocupación de la población por parte de las tropas napoleónicas que asediaban la ciudad de Cádiz, describe minuciosamente en sus cartas, muchas de ellas enviadas desde Inglaterra, poblaciones y lugares cuyo estado actual consideró sería del máximo interés compararlo con el descrito por doña Frasquita a la luz de la impresión producida en el viajero que los visita por primera vez ahora al cabo de más de siglo y medio del viaje por la dama gaditana.

Tomemos al azar una de sus cartas, por ejemplo, la enviada a su familia desde Phymouth el día primero de julio de 1812, en la que leemos lo siguiente:

Ayer fui con la señora Pellicer a ver una famosa hacienda llamada *Mont Edgecombe*, perteneciente a Lord Edgecombe, y que los de Plymouth dicen el sitio más hermoso de Inglaterra. Dista de aquí unas tres millas. A medio camino pasamos por un pueblo llamado *Stonehouse*, y nos embarcamos en el arsenal de Plymouth para pasar a la hacienda. Plymouth Doch, el arsenal, me pareció mejor que Plymouth, a lo menos su calle principal es más ancha y tiene mejores casas que ninguna de las que yo he visto aquí. El arsenal y su dependencia son cosas prohibidas para los extranjeros, y aun para los naturales, si no traen particular permiso, y así nos contentamos con mirar por fuera la mayor de las obras inglesas.

El tiempo no nos favorecía. Yo ignoraba que debíamos cruzar un brazo de mar para llegar a esta hacienda. Y cuando me vi en este botecillo sin timón, con un solo hombre al remo, entre el alboroto de las olas azotadas de un viento recio, y ennegrecidas por el reflejo de un cielo opaco, asida de las manos de mis queridas niñas, temblaba como si fuese el día de nuestra sepultura. Por fin, después de seis o siete minutos de esta angustia, desembarcamos a la entrada del Parque, entrada magnífica que instantáneamente nos recompensó el mal rato que veníamos de pasar. Desde el *porter's lodge* (la habitación del portero) sube por grados el terreno cubierto de yerbas cuyo brillante verdor resalta entre lo oscuro del follaje de cuatro hileras de árboles majestuosos, hasta llegar a la casa que se presenta de fachada, en la cumbre de esta colina, sirviéndole de dosel un bosque de árboles de toda especie. Esta casa, admirable por su bien conservada antigüedad, está franqueada por cuatro torres góticas, que hacen un bello efecto en la perspectiva, aunque de cerca sus ventanas angostas y largas, su portal enano en proporción al edificio, ofrecen ideas de mezquindad, que chocan al buen gusto, y la inmovilidad de esta obra de siglos, en contraste con la incesante

renovación de la naturaleza, inspira un sentimiento de tristeza, algo semejante al horror de la muerte.

Yo quisiera ver estos edificios de viejos días, acompañados de árboles contemporáneos suyos, de yedras que no han sabido desampararles y de yerba que no sirva de pasto al ganado. Entonces, en este suelo inútil y abandonado, se conservaría la memoria de sus antiguos dueños, y acaso alguna vez creería la imaginación ver sus sombras vagar tranquilas en el silencio de esta soledad.

Paseamos por los *grounds* o *parque*, antes de entrar en los jardines. Para ver éstos es menester un permiso particular (el que se había procurado la señora Pellicer y traía consigo el caballero que la acompañaba). ¡Cuánto más bello, cuánto más grandioso me pareció el parque que estos famosos jardines! ¡Qué mezcla tan magnífica de bosques, columnas y extremos puntos de vista! Sobre una altura al extremo del parque, cuyo terreno hace declive, derramando su afelpado verde hasta el mar, se descubre el vasto océano, cubierto de embarcaciones, formándose a la derecha una pequeña bahía, que la tierra del *Devonshire* y la de *Cornwall* cercan a manera de media luna, por cuyo centro suelta un riachuelo que señala los confines de las dos provincias. A la izquierda se presenta Plymouth con ventaja, rodeado de sus aguas, de sus navíos, sus campos y sus árboles. Son admirables los varios aspectos de la perspectiva en los diferentes puntos que se le han dedicado en este bello sitio. No lo son menos su arboleda, entre las que brincan en libertad manadas de venados cuya sorpresa al vernos profanar sus pacíficos asilos era en extremo graciosa. Se paraban todos como movidos por un mismo impulso, nos miraban atentamente y luego corrían llenos de gracia y ligereza.

Qué tristes y pálidos, qué muertos me parecieron los naranjos que decoran el primer *parterre* de los jardines. Qué marchitos los pobres mirlos y los descoloridos geranios, que con tanta lozanía cubre los vallados de álces en mi patria. Me alejé con disgusto de estas especies de *momias*, y del chorrito de agua que también les correspondía. El gran espanto del jardinero que, vano de su ciencia botánica, me estaba cansando la paciencia con los pomposos nombres latinos que daba a las plantas y florecillas que crecen silvestres en las incultas campiñas de Andalucía. Por fin salimos de este panteón, donde tampoco faltan urnas e inscripciones, para entrar en un bosquecillo oscuro que llaman *the Wildernef*. Aquí se hallaban varios fragmentos de piedra traídos por el padre del presente lord Edgcombe, de Egipto y de Roma, dispuestos de manera que representasen un cementerio en ruinas. Como no pude esforzar mi imaginación a que me persuadiese que estos trozos de monumentos antiguos, guarnecidos de yedras, sostenidos por troncos secos y medio cubiertos de césped que les pesa ligeramente, compusiesen los restos de unos huesos de Héroes, hubiera preferido examinarlos en un salón abrigado, sin la sensación desagradable que causa la humedad del terreno cuando uno está parado. No obstante, el silencio y la sombra de este retiro convidan a meditar e inspiran un sentimiento de suave melancolía que siempre es provechoso.

A la salida de este retrato topamos con otra ruina, pero ésta es interesante. Es una torre del tiempo de la reina Isabel, sobre cuyas paredes ha

trepado la yerba a su placer. El lord ha creído hacer gran cosa restableciendo su vieja fortificación a la moderna, y ha puesto una docena de cañones al borde del agua, que hace su estrépito correspondiente en celebración del cumpleaños del rey. En la orilla opuesta se ve otra torre que pertenecía a un castillo de Cronwell. Del lado de acá del agua descubrimos un edificio gótico en ruinas, y le estábamos ya componiendo su adecuada leyenda, cuando el charlantín del jardinero nos dijo que el viejo lord la había hecho construir para hermosear el paisaje. Entonces más gusto me dio mirar la preciosa isleta que ya había admirado desde la ciudadela de Plymouth. El agua que la cercaba estaba turbia e inquieta, pero ella no había perdido su verdor y parecía sonreír con la espuma que aturdidamente blanqueaba sus márgenes.

A todo esto las nubes se amontanaban, el viento crecía, el día caminaba a su fin, y la idea del botecillo no me abandonaba. A la vuelta cruzamos el mar en el *Ferry boat* o bote de pasaje, que por ser grande me causaba menor temor, pero no dejé de tenerlo cuando izaron dos poderosas velas, que en mi conciencia náutica bastarían para llevar un navío entero y verdadero. Llegamos, no obstante, con toda felicidad al muelle, en donde nos metimos en el coche que a pesar de su predilección en su favor, nunca me ha parecido más digno de mi aprecio como cuando así me guarecía del frío, del miedo y del cansancio.

Las sensaciones que una visita en Plymouth realizada hoy en día a estos lugares que doña Frasquita conoció, así como su confrontación con las producidas en ella en aquellas circunstancias no carecerían, sin duda, de la fascinación producida por un interés inusitado.

Por otra parte, don Eduardo Gener Cuadrado, en la presentación de su libro *Diario de viaje de un comerciante gaditano* (1829), editado por el Instituto de Estudios Gaditanos, dependiente de la Diputación Provincial de Cádiz, nos da cuenta de un interesantísimo hallazgo de excepcional importancia filológico:

En un farragoso montón de variados libros, donados a mi biblioteca por un viejo amigo, vino a mis manos un cuaderno cuyo formato desprecie a primera vista.

En una segunda revisión, despertó mi interés el título escrito sobre la tapa, y al echarle una ojeada al texto, tanto me cautivó alguno de sus relatos que abandoné la selección del resto de los libros para recrearme en su lectura.

El no interpretar ciertas palabras y nombres propios me impulsó a descubrirlas, y al encontrarme además con apellidos ilustres o conocidos, acuciose mi curiosidad de investigación, primero; y después, al deseo de

hacer partícipe a unos posibles lectores del encanto e ingenuidad de tal manuscrito. Y así lo hago, gracias al patrocinio del Instituto de Estudios Gaditanos.

El cuaderno contiene cuarenta y cinco hojas además de las guardas, de 350×223 mms.

La marca del papel es «S. Brook». Han trazado a lápiz en cada página una línea para marginarla.

En el reverso de la primera tapa lleva pegada una etiqueta donde se lee:

BOUGHT OF
GEORGE CARR,
AT HIS
STATIONERY AND ACCOUNT BOOK
WAREHOUSE,
N.º 28, WESTMORLAND STREET.
DUBLIN.

La escritura está formada por caracteres pequeños y trazados nerviosamente. El estilo inglés de sus trazos y volutas se mantiene dentro de la distorsión natural de una escritura rápida. La seguramente pluma de ganso con la que se escribieron y trazaron habría recibido el corte adecuado para conseguir una letra bastante fina; aunque, pese a ello, debido tal vez a la calidad de la tinta de agallas o a la poca cola del papel o a defecto caligráfico del escritor, se ensuciaron y emborronaron algunas letras y trazos con facilidad.

Naturalmente que el tiempo le ha dado a dicha escritura el característico color pardo.

Los márgenes se encuentran cubiertos de títulos, escritos a lo largo de la página, con los que se llama la atención hacia los vecinos párrafos del texto.

El cuaderno perteneció a don Manuel Domecq y Víctor, comerciante gaditano que en 1829 visitó el Reino Unido y nos dejó en sus cuadernos notas de enorme interés.

Veamos, por ejemplo, sus impresiones sobre Westminster Abbey, Cámara de los Lords, Cámara de los Comunes, experiencias de Mr. Chebert (llamado Fire King), Torres de Londres y Monumento:

Westminster Abbey, iglesia gótica antiquísima, grande y célebre en el mundo por ser la Catedral en donde se coronan y entierran los Reyes de Inglaterra. La capilla de Henry VII está minuciosamente labrada, sobre todo el techo de piedra. En ella están los monumentos reales; en el cuerpo de la iglesia los grandes hombres en cualquier sentido; en todo cerca de 500, algunos de bronce y de madera, la mayor parte de mármol, varios

grandísimos. El curioso puede entretenerse varias horas en registrarlos. Me senté en el antiguo y feo sillón (exactamente como los de nuestras barberías) en donde de varios siglos a esta época se coronan los Reyes; el asiento es la piedra en que recibían la corona los antiguos reyes de Escocia. Hay varios mosaicos y trofeos ganados en diferentes guerras. Las columnas están enlazadas unas a otras por los capiteles con barras de hierro para sostener perfecto este antiguo edificio. Las naves son angostas.

La Cámara de los Lords es un salón cuadrilongo, con las ventanas junto al techo, las paredes cubiertas de tapicerías, los bancos y tronos forrados de colorado y el suelo con una mala estera. Muy mezquino el conjunto. Inmediatamente están las varias oficinas, etc.

La Cámara de los Comunes es todavía más mezquina. Parece una iglesia cuadrilonga, oscura y fea; hay gradas bajas y gradas altas para los diputados que estarán como higos en barril. Sería suficientemente grande para un Ayuntamiento. Admira ver desde qué lugares se gobierna el mundo. No causan respeto ni por su grandiosidad ni por su antigüedad, que es poca y en nada visible. También se puede comparar a un refadero de gallos. Vi por fin al Fire King que, por más que se diga, hace cosas que los hombres más sabios de Londres no pueden adivinar a pesar de que siempre les ofrece cuantas pruebas quieran de la realidad de sus experimentos. Como cosas sencillísimas pasa una paleta ardiendo por la mano, pelo, cara, lengua o por donde se le diga. Bebe una cucharada de aceite hirviendo y de una cacerola de plomo derretido saca alguno con la mano, lo pone en la boca y lo arroja hecho pasta. El anafre en que se derrite, hierve, etc., está en medio de la concurrencia y a nadie queda duda de no ser broma. En un horno pone un pedazo de carne que a los cinco minutos sale perfectamente asada, y entra él mismo en dicho horno cuando el termómetro marca más de 600 grados; tiene un par de gallos en la mano, que al cabo de cinco minutos están asados; él permanece dentro por el mismo tiempo, cantando y hablando a los espectadores. Está vestido como un fraile. Al salir, el pulso late 300. Uno de los concurrentes rectifica el termómetro dentro del horno y convence a todos que es cierta la temperatura.

Vamos a su gran secreto, que ofrece vender por diez mil libras. Su antídoto o modo de conseguir que ningún veneno le dañe. Tiene preparados los suyos del más activo y ofrece a cualquiera de los concurrentes que si quieren le den otro que lleven al intento. Siempre hay algún curioso y, en mis días, dos médicos sacaron con grandes precauciones de un tarrito hasta 40 gramos de fósforo, del que *uno sólo* basta para matar en el acto. Hicieron pruebas de su realidad, con agua y fuego, y lo pusieron en una cuchara. Nuestro hombre se hinca de rodillas con las manos en la espalda y abre la boca; uno de los médicos le dio el veneno en la cuchara, y el otro un poco de agua para ayudarle a tragar. Ambos con una lente examinan sus movimientos y registraron las fauces detenidamente, quedando convencidos de que en efecto había bebido el veneno. Durante muchos meses, tres veces a la semana se presenta al público y toma toda clase y cantidad de veneno que se le presente por cualquiera. El antídoto lo to-

ma seguramente antes del veneno; después no se aparta de la concurrencia; dos minutos bastarían para matarle.

Las Torres de Londres son un inmenso y antiguo edificio que ha servido ya de palacio, ya de prisión de estado, ya de fortaleza. Su recinto es grandísimo y lo rodea el mayor foso que he visto. Visité varios salones de armería; en uno están las armas antiguas; en otros, las cogidas a la Gran Armada; en otro, las de bronce; en otros, las de varios reyes de Inglaterra, y en otros las modernas, todas perfectamente colocadas, formando estrellas, etc. En el mayor salón, los estantes de fusiles contienen trescientos mil, y además los techos con pistolas, sables, etc. La Regalía de Inglaterra, o sean, las alhajas de la Corona, se ven detrás de una reja. Consisten en varias coronas, cetros, platos y vasos. Valen tres millones de libras esterlinas, aunque no se sabe cómo pueden costar tanto dinero.

No quise ver las fieras, porque son pocas y por estar cansado de gastar shillings, pues aunque es claro que todo en Inglaterra se ve por dinero y nada sin él, la Torre es exorbitante: 10 shillings sólo yo, por ver la armería y Regalía en media hora. Es claro que hay muchas curiosidades, y nada igual en el mundo.

Subí al monumento que se erigió para recuerdo del incendio del año 1666. La escalera es un caracol con 345 escalones; es oscura. La vista, buena. Está ruïnosa; es una columna de piedra perfecta.

De gran interés resulta igualmente toda la documentación relativa a las minas de Río Tinto en Huelva. De vez en cuando aparecen, incluso en la prensa, crónicas que hacen alusión a este tema y muy especialmente a los sucesos ocurridos en las minas en el año 1888, conocido como el «año de los tiros». Sírvanos de ejemplo del artículo escrito en Río Tinto por don Antonio Ramos, *Crónicas Marginales del Pueblo Andaluz*.—*Se va la mano de obra, le explican la riqueza*, que fue publicado en el diario *Ya*, de Madrid, el 21 de agosto de 1979. Uno de los párrafos de este artículo dice así:

En la historia del movimiento obrero de Río Tinto destaca una manifestación sangrienta: la del 4 de febrero de 1888 motivada por los humos que impedían el trabajo normal y, además, por reivindicaciones laborales.

«De pronto, los soldados de Pavía —leemos en *Donde Acaba Andalucía*, de Víctor Márquez Reviriego, que recoge una crónica de «La República», de Madrid—, como obedeciendo a una seña, formaron un cuadro y rompieron un fuego graneado, que se sabe han muerto más de 50, entre ellos una mujer con su niño de pecho en los brazos, y dos o tres niñas de cuatro a cinco años. En la mina no caben los heridos...»

Antes de ese «año de los tiros» Marquez Reviriego registra los siguientes «accidentes desgraciados»: cuatro muertos, 82 heridos

y 135 contusos en 1872; 30 muertos, 160 heridos y 279 contusos, en 1875; 12 muertos, 160 heridos y 297 contusos, en 1876.

La vida del minero de Río Tinto, siglo tras siglo, ha estado expuesta a peligros constantes, unas veces derivados de las propias condiciones del trabajo y otras por enfrentamientos con las fuerzas de orden público que reprimían cualquier conato de manifestación. Hoy, aunque los peligros existan, las nuevas técnicas han mejorado algo el trabajo del minero.

Si la lectura de este breve artículo hiciese que algún historiador o filólogo se interesase en la utilización de cualquiera de las fuentes que en él he mencionado y esta utilización fuese motivada por el interés que la riqueza de todo ese caudal de documentos haya podido suscitar en él, consideraré bien cumplida la finalidad con que lo he escrito.